LA ALEGRÍA Y LA SENCILLEZ: MONTSE GRASES.

Prof. Sra. D^a. Montserrat Negre Rigol

Prof. Titular de Antropología de la Universidad de Sevilla

Antes de escribir acerca de las virtudes de Montse que figuran en el título de este breve artículo, voy a referirme a los hitos de su vida, con el fin de facilitar la comprensión de lo que pretendo explicar.

Nació el 10 de julio de 1941 en Barcelona, era la segunda hija de una familia numerosa; estudió en el colegio de Jesús María y en el del Niño Jesús de las Damas Negras. En 1955 acudió por primera vez a Llar, la primera Escuela Hogar dirigida por mujeres del Opus Dei. El 24 de diciembre de 1957 pidió la admisión como Numeraria del Opus Dei. El 20 de junio de 1958 el médico comunicó a Manuel Grases que su hija tenía un sarcoma de Ewing. Diagnóstico muy grave con pronóstico irreversible. Montse llevó esta enfermedad con un admirable abandono en la voluntad de Dios. Falleció con 17 años, el 26 de marzo de 1959.

El 19 de diciembre de 1962 tuvo lugar la primera sesión del Proceso Informativo para la Canonización de la sierva de Dios Montserrat Grases. El 26 de marzo de 1968 tuvo lugar la Sesión de Clausura. Finalmente, el 22 de febrero, la Congregación para las Causas de los Santos dio el Decreto sobre los escritos.

Son muchas las facetas destacables en la vida de Montse; sin embargo, yo me voy a centrar en las dos que me han llamado más la atención: su alegría y su sencillez.

Montse era una chica normal, educada por una familia católica, en colegios católicos. Gracias a esta educación aprendió a vivir una fe con obras. Esto le llevó a aceptar y a amar la voluntad de Dios en lo pequeño y, cuando Dios permitió que tuviera una enfermedad mortal, correspondió con gran optimismo sobrenatural. Esta actitud se verá a lo largo de su vida, aunque lógicamente se hará más patente a partir de su acercamiento y pertenencia al Opus Dei. En realidad fueron muy pocos los años que vivió, y en este corto plazo de tiempo, llegó a un alto grado de caridad, de identificación con Jesucristo. Se podría decir de Montse que fue heroicamente normal. Y son precisamente esta “normalidad” y sencillez por buscar la santidad las que me hicieron ver que Montse había encarnado en muy poco tiempo el espíritu del Opus Dei. De este modo hizo visible puso de manifiesto -sin pretenderlo- que la santidad está al alcance de todos. Cuando se puso enferma abrazó la Cruz, sin rarezas ni aspavientos.

La alegría de Montse se manifestaba en cosas muy humanas, en cosas corrientes, detalles que hacían más agradable la vida familiar. Antes de estar enferma, esta virtud era patente en la ilusión ante una excursión, por celebrar una fiesta con su familia, por bailar sardanas o participar en un concurso de tortillas durante su veraneo. Le gustaba cantar, hacer teatro, disfrazarse para divertir a los demás, hacer deporte, etc. Sus amigas recuerdan que, en las excursiones por el campo y por el monte, a Montse le gustaba cantar canciones a ritmo de marcha y a pleno pulmón.

Esta alegría irá adquiriendo una mayor profundidad en la medida en que se vaya identificando con lo que Dios le pide. Cuando llegue la enfermedad, Montse podrá corresponder con generosidad a la gracia, porque esta habituada a decirle un sí alegre al Señor en la cruz de cada día.

Veamos algunas manifestaciones de este abandono en las manos de Dios:

El Centro del Opus Dei que frecuentaba se llamaba Llar. Cuando pidió la admisión como Numeraria del Opus Dei, estaba ilusionadísima, y tenía verdaderos deseos de entregarse a Dios y de llevarle mucha gente. A partir de entonces, como recuerda la directora de Llar, no hacía nada llamativo ni extraordinario. Sin embargo, luchaba realmente por buscar la santidad en medio del mundo a través de la santificación del trabajo, que es a lo que se compromete un fiel del Opus Dei. Así pues, Montse continuó su vida normal. A primera hora de la mañana iba a Misa a Llar, luego estudiaba, volvía a casa y ayudaba a su madre en los diversos trabajos del hogar, ya que como eran las vacaciones de Navidad, aquellos días no tenía que ir a la escuela¹.

Poco tiempo después, comenzó a dolerle la rodilla. Al principio lo atribuyó a una caída que tuvo practicando esquí, a la que no le había dado la más mínima importancia. “Todo lo suyo -comenta su madre- fue siempre muy pequeño, porque el amor de Dios está lleno de cosas pequeñas hechas por amor... Todo muy pequeño, como el dolor de la rodilla, que no se le quitaba, y que además no sabía localizar bien: unas veces le dolía más arriba, otras más abajo... Pero eso no parecía importarle; seguía haciendo deporte, aunque le doliera: “coja y todo (bromeaba), seguiré jugando”².

Una de las facetas que muestra su sencillez, y al mismo tiempo su fortaleza es precisamente, lo que su madre aduce a continuación: Montse sentía dolor, “pero esto no parecía importarle”. Y es que procuraba olvidarse de sí misma y servir a los demás.

De todos modos, como los dolores en la pierna aumentaban, la llevaron al médico. Después de muchas pruebas, se le diagnosticó un sarcoma de Ewing.

¹ oc. p. 254

² oc. p. 267

Sus padres lo supieron el día 20 de junio de 1957. Decidieron no comunicarle aún a Montse que se trataba de un tumor maligno; sólo le dijeron que tenía un tumor. Ella aceptó la situación con naturalidad y, al comentarlo con la directora del centro, le dijo que, aunque tenía un tumor, se curaría pronto.³ Probablemente lo dijo así porque así lo pensaba y porque no quería hacer sufrir a sus seres queridos. En poco tiempo comenzaron a aplicarle sesiones de radioterapia, que se prolongaron un mes. A raíz de esto, bromeaba sobre “lo morenita que se le estaba poniendo la pierna”, debido a las quemaduras de la radioterapia.

Como la pierna le seguía doliendo, no podía trasladarse a los sitios caminando y tenía que coger un taxi para ir a las sesiones. En algunas ocasiones, le cabía la pierna extendida, pero otras no, según el tipo de coche. A propósito de esto decía con buen humor: “necesito un taxi a medida”.

Rosa Pantaleoni, gran amiga suya desde antes de que Montse pidiera la admisión al Opus Dei, la acompañaba a veces a los tratamientos de radioterapia, y señalaba que cuando iban a esas sesiones, todas las enfermeras le preguntaban qué le pasaba, pero ella cambiaba la conversación y acababa preguntándole por sus cosas.⁴ “Aprovechaba la ocasión para hacer apostolado -añade-, no perdía comba”. A veces, al terminar, la enfermera le comentaba a Rosa -además de sus impresiones por el cariño y la alegría de Montse- que le costaba adivinar si las curas le dolían o no.

No resulta difícil descubrir tras este testimonio de Rosa la santidad creciente de Montse que, de nuevo, se manifiesta en este no quejarse cuando la pierna le dolía y se le hinchaba, limitándose, a lo sumo, a contraer la cara por el dolor, sin pronunciar palabra.

Sus padres, preocupados, preparaban el momento oportuno para decirle a Montse la verdad, ya que los médicos pronosticaban pocos meses de vida.

Llegó el verano y durante un breve plazo de tiempo los dolores disminuyeron como consecuencia de la radioterapia. Montse se fue a Seva, un pueblo cercano a Vic, donde solían veranear desde hacía tiempo. Montse no quería tener un trato de excepción. Tampoco sus padres le fomentaron que se sintiera distinta por estar enferma, y le ayudaron a vivir en las manos de Dios. Así es que hacía vida normal. Seguía tan contenta como de costumbre, bulliciosa, divertida, muy a menudo con una canción en los labios. Aunque ella ya les había preguntado por su enfermedad, sus padres no veían oportuno decirle nada en esas circunstancias, porque en la casa de verano estaban además sus hermanos, algunos muy pequeños, y se requería un ambiente de calma y de paz.

De todos modos, un día que fueron a Barcelona con ella, decidieron que era el mejor momento para decírselo. El viaje en tren desde Seva fue muy incómodo

³ oc. p. 290

⁴ oc. p. 293

para Montse, pero no se quejó. Llegaron un poco tarde a Barcelona, y antes de acostarse le dijeron lo que tenía. Le explicaron que se trataba de un cáncer y que era incurable. Montse sólo preguntó: “¿Y si me cortaran la pierna?” Su padre le contestó que esta pregunta se la habían hecho ya ellos a los médicos y la respuesta había sido que no era conveniente. Ella hizo un gesto, un mohín, como diciendo: “qué lástima”, y se fue a su habitación a dormir. Su madre entró para acompañarla en ese trance, y encontró a Montse sentada, haciendo el examen de conciencia. Rezó de rodillas tres avemarías antes de acostarse, se metió en la cama y se durmió. Su madre escribió recordando estos momentos: “Le dije a Manuel (su marido): ‘me voy con ella’. Me parecía imposible que después de decirle una cosa así pudiera dormir...”

Llegué a su cuarto y la empujé un poquito para que me hiciera sitio, y me dijo: ¿Qué haces mamá?

-Pues mira, ¡dormir contigo!

-¡Ay qué suerte!, me contestó, en tono jovial.

Ella apoyó la cabeza sobre mi hombro y al cabo de unos instantes, sólo unos instantes, vi que respiraba profundamente... Me di cuenta de que se había dormido. Me cercioré bien y me marché. Y eso fue todo”⁵.

Montse se daba cuenta de su enfermedad, pero estaba dispuesta a hacer la voluntad de Dios, a amarla, y se abandonó de tal modo en la Virgen que tardó muy poco en dormirse. De nuevo no estamos ante algo espectacular, pero sí sobrenatural. Al arrodillarse a rezar las avemarías le había dicho a la Virgen: “lo que Tú quieras”. Esta breve oración de Montse recuerda la de la Santísima Virgen: “Hágase en mí según tu palabra”.

Es fácil imaginar lo que supondría para Montse conocer que su enfermedad era mortal a corto plazo. Era una chica muy joven, tenía mucha vitalidad y proyectos; sentía “impaciencia” por ayudar a sus amigas, tratar de que se acercaran a Él, a través de su amistad, y también, como es natural, deseaba ir a vivir a un centro del Opus Dei. Pues bien, todo esto se truncó de golpe. Y no deja de impresionar la sencillez con la que Montse aceptó y amó la voluntad de Dios en un momento tan difícil.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, su madre llamó por teléfono a la directora del centro del Opus Dei por el que iba, y le dijo que Montse ya sabía de su enfermedad. Después la acompañó a confesarse. Al terminar, se notaba que había llorado, pero estaba contenta. Más tarde Montse fue a Llar. Entre otras cosas, le comentó a la directora: “el sacerdote me ha dicho que soy una “enchufada”, porque pronto voy a disfrutar de Dios. Fíjate, al principio no me lo parecía y ahora sí... Y estoy muy tranquila y muy contenta. Tengo una gran paz. Y quiero la voluntad de Dios. Recuérdamelo por si lo olvido: yo quiero la voluntad de Dios... y esta es la segunda entrega que he hecho al Señor. La primera ya la hice.”

Y añadió: “mañana voy a escribir al Padre (de este modo familiar y entrañable los fieles del Opus Dei llaman a su Fundador, el Beato Josemaría Escrivá) contándole todo, para que me encomiende, y le voy a decir que lo voy a ofrecer todo por el Opus Dei”⁶. Así pues, en medio de una gran sencillez y alegría, con gran sentido sobrenatural y sin creerse protagonista de nada, Montse continuó su andadura hacia la Cruz. Quería vivir el espíritu del Opus Dei, santificarse cumpliendo la voluntad de Dios, a través de las peticiones que Él le fuera haciendo, en el día a día, con una nueva conversión. Según su hermano Enrique, fue entonces cuando dio el gran salto. Hasta aquel momento su vida había sido, en gran parte, fruto de la educación cristiana que les habían dado en su casa. Pero en aquel momento, cuando se encontró cara a cara con esa experiencia fuerte del dolor, se identificó con la agonía de Jesús en la Cruz. Descubrió que iba a morir en muy poco tiempo, y comenzó a ser heroica en lo pequeño y a poner en práctica esas enseñanzas sobre el amor a Dios en medio del sufrimiento, que todos hemos oído tantas veces, pero que sólo pueden vivirse de verdad cuando se experimenta ese dolor en carne propia⁷.

Este “gran salto” al que alude su hermano no tuvo manifestaciones aparatosas o llamativas, pero lo pudieron constatar todos los que la trataron en adelante.

De nuevo volvió a Seva con sus padres, pues el veraneo no había terminado. Tenía la pierna hinchada, pero aprovechó la mejoría para estar con sus amigas. Iba a verlas a sus casas en bicicleta y utilizaba sólo el pedal derecho, el de la pierna buena. Seguía bailando sardanas, estaba alegre y hacía deporte. También continuaba su plan de vida cristiana con regularidad: hacía oración, asistía diariamente a la Santa Misa, rezaba el Ángelus, etc.

Este comportamiento tan normal no dejó de admirar a los habitantes del pueblo, que se fueron enterando de que Montse tenía cáncer. En esto se pone de manifiesto la heroica sencillez de Montse. Podría haber sucumbido a la tentación de aprovechar el corto tiempo que tenía de vida para pasarlo bien, sin más. Sin embargo, Montse siguió santificando las realidades cotidianas. Se divertía y a la par -como manifestación de su unidad de vida-, luchaba por hacer un rato de oración, ayudaba en su casa y atendía a las necesidades de los demás. Así de normal y así de sobrenatural iba siendo la conducta de Montse. Por eso, los habitantes de Seva percibían algo que no es habitual en la conducta de una persona joven, rehuir llamar la atención, escapar a que los demás le “mimasen” o compensasen su sufrimiento con caprichos.

En septiembre de 1958, al terminar el verano, se matriculó, como si nada pasara, en el curso que le correspondía, aunque sabía que no lo podría terminar. Al

⁵ oc. p. 301

⁶ oc. p. 304 -5

⁷ oc. p. 306 -7

mismo tiempo, era consciente de que había entregado su vida a Dios y se había comprometido a buscar la santidad en el trabajo ordinario, por eso no se iba a permitir excepciones. También quería terminar la carrera de piano, que venía haciendo año tras año. Montse rechazaba convertirse en el centro de las miradas de los demás, ser un foco de atención. La verdad es que lo lograba. Sus amigas relatan que resultaba tan natural en el trato, que corrían el peligro de que a ellas mismas también les pareciera normal su actitud, cuando, de hecho, era algo extraordinario.

El 24 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de la Merced, el dolor reapareció y a partir de entonces se intensificó hasta el momento de su muerte.

Lo que por fuera podía parecer una “despreocupación” era, en realidad, la maravillosa “ocupación” de unirse a la Cruz de Cristo, sin alardear, sin quejarse ni autocompadecerse. Era, sencillamente, luchar por la santidad personal y por la de los demás. Porque, en la medida que la persona se va haciendo santo, busca y desea que los demás se unan a Cristo, colaborando así con su Redención. Esto fue *in crescendo* en Montse de una manera palpable.

Otro momento señalado en su vida fue el viaje que hizo a Roma. Varias personas que la conocían coincidieron en señalar que a partir de este viaje su madurez interior creció a pasos agigantados, aunque con su característica naturalidad y sencillez.

A Montse le hacía mucha ilusión ir a Roma para rezar cerca del Papa, poder estar con el fundador del Opus Dei y convivir con chicas de la Obra procedentes de diversos países que vivían allí.

Después de un viaje duro, con transbordos y dificultades, pudo estar con el Padre, que le dijo: “Tú pide al Señor que se cumpla su voluntad, pero que si Él quiere, puedas ponerte bien. Y prométele que desde ahora serás siempre muy fiel”. En Roma la llevaron al Vaticano, donde rezó un Credo por la persona y las intenciones del Papa.

Su rostro, en aquellos días era sereno, a pesar de que la pierna le dolía mucho. Decía que sentía “como si un perro rabioso le estuviera mordiendo siempre”⁸. Por las noches no podía conciliar el sueño a causa del dolor. Una de esas noches estaba tan agotada que se levantó, bailó la titiritaina delante de la imagen de la Virgen, y después se durmió enseguida”

(La titiritaina es un baile de enamorados de la tradición popular catalana).

Otro detalle entrañable y heroico lo tuvo con su hermano Nacho, a quien le gustaba coleccionar chapas de botellines. Montse pensó que le haría ilusión que le llevara chapas italianas, tan distintas para él, y se agachó numerosas veces a recogerlas, con el consiguiente dolor.

⁸ oc.p. 360

Volvió de Roma entusiasmada, contando anécdotas y relatos de su estancia. Llevó algunos regalos a su familia, pero a partir de este viaje se empezó a encontrar cada vez más cansada. Sabía que le quedaba poco tiempo y ponía más esfuerzo para acelerar su actividad evangelizadora empeñándose en estar disponible para hablar con sus amigas y animarlas con su ejemplo a acercarse más y más a Dios.

Al poco tiempo, consiguieron un tratamiento que podía aliviar su enfermedad, aunque temían los efectos secundarios que, de darse, podían ser muy molestos.

“Como veíamos que la enfermedad avanzaba –explica su padre-, deseábamos comenzar cuanto antes... Jamás se negó a ningún tratamiento, por doloroso que fuese. Nunca preguntó: ¿por qué me hacéis esto?, ¿para qué es esta medicina? Por eso decidimos que se empezara a tomar aquellas pastillas enseguida, aunque le provocaran alguna reacción...”⁹ En efecto, era la víspera de Navidad y, como consecuencia del fármaco, estuvo entre seis u ocho horas vomitando. Pasó así su última Nochebuena, y no pudo ir a Llar como le hubiese gustado. Una de sus preocupaciones era no hacer sufrir. Para ello, procuraba que no se notara. “Eso era una de las cosas que más me impresionaban de ella –cuenta una amiga-, se entregaba tanto a los demás que era muy difícil saber cuándo algo le dolía o no. Recuerdo que un día llegué a su casa y vi que estaban con ella sus primas y sus amigas de Seva, contándole cosas divertidas. Entonces su madre me tomó antes de entrar y me dijo:

-Mira, yo creo que se encuentra muy mal. Tu entra, y si ves que está sufriendo, corta la visita y pídeles que se vayan.

Entré; y la vi tan animada, recordando tantas cosas de Seva, del verano, y de las funciones del teatro, que no comenté nada, hasta que nos dijeron ellas que se iban: Y entonces, en el mismo momento en el que salieron y cerraron la puerta, exclamó: ‘Ay, ¡no puedo más, no puedo más’, no puedo más y se quitó de golpe las mantas porque ya no podía soportar más su peso sobre las sábanas. Yo llamé enseguida a su madre y la tranquilizamos como pudimos, porque estaba con un dolor intensísimo, un dolor que yo, minutos antes, no pude notar...”¹⁰.

Me parece que los pocos testimonios que he citado ya dan una idea de la santidad de Montse. También su desprendimiento era elocuente. Luchó contra toda forma solapada de egoísmo, y procuró, a través de pequeñas y múltiples manifestaciones, hacer la vida agradable a las personas que le rodeaban. Hay muchos ejemplos. Valga éste como botón de muestra: aunque se sintiera mal, si contaban una anécdota divertida, se reía y hacía que volvieran a contarla a las personas que iban a visitarla.

El médico que la atendía declaró: “Nunca la vi triste o apesadumbrada. Todas las visitas tuvieron un carácter vivo, alegre, animado, sin la menor sombra de

⁹ oc. p. 392

¹⁰ oc. p. 396

tristeza, a pesar de la gravedad de la enfermedad que padecía...”¹¹

Cuando llegó la celebración de los Reyes Magos, de haber sido por ella, no hubiera pedido nada, porque sabía que usaría durante poco tiempo lo que le regalaran. Sin embargo, para no entristecer a los demás, pidió algunas cosas a elegir, y le regalaron un bolso y una guitarra que ella no había pedido, porque le parecía que era un gasto excesivo para sus padres, ya que eran muchos hermanos.

En cuanto a su enfermedad, cada vez iba peor. La pierna se le iba hinchando más y más. “La inflamación de la pierna era tal que llegó a medir sesenta centímetros de perímetro”, cuenta Rosa. La curaban entre cuatro personas. Al quitarle el vendaje le arrancaban la piel sin querer. Además, se le formaban úlceras que supuraban, provocando un olor pestilente. Montse no protestaba, aunque ella siempre pensaba de sí misma que era poco fuerte y que se quejaba demasiado. Además, cuando se dio cuenta de que los calmantes podían adormecerla, disminuyó su toma, para poder seguir hablando con sus amigas y hacer apostolado. A ello se sumaba un motivo fundamental: ofrecer sus dolores por el Papa, por el Opus Dei, por el Padre. Mientras tanto, las noches se hacían cada vez más largas, porque el dolor era continuo. El buen humor de Montse iba en aumento y, aun postrada en la cama, aprendió a acompañar sus canciones con la guitarra. Su amiga Rosa le enseñó unos cuantos acordes. Montse se reía con Rosa y le decía que sólo sabía tocar seis acordes. Y era verdad que Rosa sólo sabía seis. Sin perder su alegría y sencillez, Montse se acercaba al gran día. El 26 de marzo de 1959 murió, rezando el Rosario, acompañada de su madre y de otras personas queridas.

¹¹ oc. p. 400